El Nuevo Concepto de la Historia

POR

FRANCISCO A. ENCINA

Digitized by Google

Digitized by Google

Ni el ciego juzga de los colores, ni estéticos y preceptistas sin alma pueden juzgar de la belleza y enamorarse de sus divinos resplandores.

MENÉNDEZ PELAYO.

Necesidad de abandonar el método tradicional.—La reconstitución del pasado.—Los hechos históricos y su representación.—Objetivismo, subjetivismo, racionalismo e intuicionismo.—Incompatibilidad entre la investigación y el cultivo de la historia.—El concepto de la historia general y la complejidad de la vida en los pueblos modernos.—La historia central o vertebral.—Las historias especiales.—Los memorialistas.—La crónica.—La tradición.—El nuevo concepto de la biografía.—Ventajas e inconvenientes del nuevo género literario.

El culto de los que nos precedieron es espada de doble filo: mientras el impulso va en ascenso, es escalón que insta a subir; cuando el impulso, cumplido su ritmo, se marchita, es, primero, grada que conduce al sepulcro y, después, sudario que envuelve el cadáver. «Si los que nos precedieron—dice Pascal aludiendo a la segunda fase—no se hubieran animado a añadir a lo recibido de sus mayores, se hubieran privado a sí mismos y hubieran privado a la posterioridad del fruto de sus invenciones.»

Muy grandes son los servicios prestados por los investigadores: llenan las páginas más valiosas de nuestro pasado intelectual, y sin ellos sería empresa imposible escribir nuestra historia. Pero el agradecimiento no puede llevarnos hasta el sacrificio de la historia en aras de la anquilosis mental que engendra la vida en los sótanos de los archivos. Su pretensión es tan cuerda como la de un hábil fabricante de ladrillos que, enamorado de su obra, ahuyentara a pedradas al albañil y al arquitecto que intentaran utilizarlos en una hermosa construcción,

Digitized by Google

Coloquemos a Barros Arana en el doble marco que le corresponde: un genio de la investigación y un símbolo del rendimiento del esfuerzo humano. Tomemos de él lo que coincide con el genio nacional y no se excluye con el nuevo concepto de la historia: la seriedad y la sencillez. Pero llevemos la visión de nuestro pasado colonial hasta donde alcancen nuestras fuerzas, sin preocuparnos de la inteligencia limitada y convencional que se oculta bajo el razonamiento sensato del gran investigador. Procuremos aprehenderlo tal cual fué; representémonoslo con la máxima intensidad posible; y trasmitamos su imagen a los demás en forma que sientan y palpen sus contornos materiales y el espíritu que lo animó. Cada bloque de la historia de la república que elaboremos se asentará sólidamente sobre estos cimientos. Un nuevo impulso germinará y nuestra literatura histórica subirá de nuevo al primer plano como valor, si no como cantidad.

No necesitamos sacrificar al investigador ni desprendernos del que nació sin la intuición del pasado: dentro del nuevo concepto de la historia todos tienen cabida, pero cada uno en el lugar que le corresponde en la distribución del trabajo. La historia sólo puede ser la resultante de la cooperación del investigador, de las hondas reflexiones del filósofo y de la potencia creadora del artista.

Nuestra literatura histórica es una construcción pesada que carece de cimientos. Desarmemos el edificio, ya desplomado y próximo a derrumbarse, antes de que sepulte y destroce el precioso material, y aprovechémoslo en un edificio mejor cimentado y más esbelto. Pero antes de empezar la obra, esbocemos y discutamos el plan y la mejor manera de aprovechar los materiales. Ni el plan ni las discusiones teóricas pueden suplir las aptitudes naturales del arquitecto; pueden, en cambio, evitar algunos peligros y, sobre todo, crear una atmósfera más propicia a la empresa.

Es conveniente empezar por el esbozo de lo que la historia aspira hoy a ser; acentuar sus exigencias intelectuales; seguir con los escollos que acechan al historiador; y concluir con algunas reflexiones sobre la forma, que tienen particular interés para nosotros. Por vía de apéndice, añadiremos un ligero esbozo de la raza como factor de la historia.

Si el que ha vivido conscientemente un medio siglo mira hacia atrás, percibirá un cambio, ora brusco y accidentado, ora continuo y casi inaparente, de la vida individual y social. Exteriormente, han cambiado las instituciones, los gustos y los hábitos. Internándose un poco, si tiene intuición psicológica, percibirá una mudanza en las ideas, los sentimientos, la moral, los intereses y en todos los aspectos del alma nacional.

Digitized by Google

Si transportamos la comparación a tiempos más distantes, los cambios se acentúan en intensidad y en amplitud. El contraste entre el año 1850 y el presente, por ejemplo, es imagen pálida de las mudanzas producidas desde el final del siglo XVII.

Los cambios materiales son muy aparentes. No se necesita agudeza psicológica para percibir que el traje no es el mismo, ni que las relaciones de las clases sociales difieren profundamente. El mismo avance de la cultura, aunque fenómeno espiritual, se destaca con relieve a través de sus manifestaciones externas. En cambio, las diferencias en lo que constituye el espíritu de ambas épocas, casi siempre escapan, en grado mayor o menor, aun a los observadores inteligentes e ilustrados. La religión es la misma, pero el sentido que tenía en el alma chilena del siglo XVII difiere profundamente del que tiene en el alma chilena en 1935. En la vida familiar y social la misma palabra refleja un contenido ideológico y sentimental muy distinto: los conceptos de padre y de hijo, de marido y de mujer, de patrón y de empleado, de peninsular y de criollo, de valiente y de cobarde, de cuerdo y de desequilibrado, etc., simbolizan ideas y sentimientos muy diversos a través de los siglos y aun de los simples decenios.

La historia aspira hoy a reconstituir esta vida pasada, tan diferente de la actual, no sólo en cuerpo, sino también en espíritu: va, por consiguiente, más allá de la crónica que narra lo externo y aparente; y comprende en sus dominios los procesos biológicos, psicológicos y sociológicos que condicionaron el suceder. Mas el historiador no puede desarticular los fenómenos para estudiarlos a la manera que el anatomista los órganos del cuerpo humano: éste ha sido uno de los grandes errores de los sociólogos. El historiador tiene que reanimar los despojos inertes del pasado mediante su genio artístico; necesita revivir las ideas, los sentimientos, los intereses y los prejuicios de los hombres que lo tejieron; y coger intuitivamente su fondo íntimo, su estructura, su fisonomía y las transformaciones incesantes que experimenta.

No le es lícito introducir nada extraño al propio pasado. Los postulados sociales, los principios políticos, las ideas filosóficas, los sentimientos religiosos, los conceptos morales, etc., no son moldes del pasado, sino elementos constitutivos e integrantes de él. El historiador debe limitarse a expresarlos tal cual se los da la realidad histórica, sin añadir nada de su parte, ni erigir su presente fugaz en vara del pasado ni en cárcel del porvenir. La transplantación de las ideas, de los sentimientos y de cualquier aspecto del presente del autor, importa una falsificación de la historia, más grave que los cambios de los nombres, de las fechas y de los elementos externos del suceder; pues, al paso que estos últimos desfiguran el rostro del pasado, aquélla tergiversa el espíritu que lo presidió. Los errores de detalle son simples cica-

Digitized by Google

trices que afean la historia; las alteraciones psicológicas la truecan en otra distinta.

La misión del historiador ha dejado de ser la de razonar lo que sucedió de acuerdo con las ideas y sentimientos de su tiempo y repartir con sabiduría la alabanza y la censura. Dentro del nuevo concepto, es un hilo conductor que capta las vibraciones del pasado y las trasmite al presente por medio de una representación concreta en la cual debe revivir lo que fué.

La distancia que siempre ha tenido el lector a la historia esquemática refleja algo más que una predilección estética: el catálogo abstracto de los caracteres raciales, del grado de desarrollo mental y de los demás factores y aspectos de la evolución histórica, es un esqueleto sin carnes y sin formas; cualquiera que sea la solidez de su estructura, es una visión vana, pues la vida sólo se encarna en los hombres y en los hechos. Prescindir de ellos es matar la historia.

Mas no todos los hechos pueden entrar materialmente en la historia; y el criterio que debe percibir la selección ha dado pie al espíritu de escuela para preconizar dos errores igualmente funestos para su correcta concepción.

El primero radica el valor del hecho en el hecho mismo, sin considerar su significado. La historia se convierte, dentro de esta escuela, en una acumulación enmarañada de sucesos y de datos que no tienen entre sí otro lazo que el razonamiento del historiador. Es el método de casi todos los investigadores que han intentado escribir por sí mismos la historia. Su resultante, como ya se adelantó, es el mareo del autor y de los lectores.

El segundo acepta la selección de los hechos, pero introduce en ella un criterio subjetivo que deriva de los gustos o de las predilecciones del escritor. Unos prefieren las batallas, otros los cambios políticos, otros las crisis económicas, otros las costumbres, etc. Más frecuentemente, el autor se construye un patrón en el cual distribuye racionalmente la importancia relativa que concede a cada orden de hechos o de fenómenos, y en este patrón va vaciando el contenido del devenir histórico, a medida que lo recorre. Barros Arana empleó este método con atenuaciones en la historia de la colonia.

La historia concebida en esta forma es el más fútil de los géneros literarios: como agrado será siempre inferior a la buena novela y a la biografía animada; y como conocimiento y experiencia del pasado, un manantial inexhausto de errores.

Se ha dicho muchas veces que el devenir histórico tiene un encadenamiento o nexo vital, absolutamente independiente de la lógica. Ese encadenamiento surge de los hechos mismos, según ya lo notaron

Digitized by Google

los grandes historiadores del pasado. En todos los aspectos del devenir, lo mismo en el desarrollo mental que en las transformaciones políticas, lo mismo en la gestación de las ideas fuerzas que en los cambios económicos, un complejo tejido de influencias va elaborando, como en un telar, la trama del suceder sobre la urdimbre de los hilos más estables, el medio físico, la constitución étnica, etc. Basta alterar el grueso o el color de un hilo o cambiar su colocación para adulterar el diseño vital de la tela; basta cambiar la colocación o la importancia que un hecho tuvo, para matar el encadenamiento histórico y tornar ininteligible el pasado. La vida entrecruza a los hombres y a los hechos de mil maneras; por momentos exalta a la batalla, o al cambio moral o al quebranto económico, y por momentos los eclipsa. El historiador necesita seguir los movimientos, los eclipses y las reapariciones de cada hilo en el telar vivo del suceder y transportarlos fielmente a la historia en vez de seleccionarlos de acuerdo con una pauta subjetiva. La distancia a que estamos colocados es brisa que separa la paja del grano y elimina lo menudo, lo que no tuvo significado ni por sí mismo ni por lo que simboliza. Siempre que no los perturbemos con el contenido de nuestro yo, los hechos y los personajes tienden a tomar espontáneamente el lugar y la importancia que corresponde a su significación histórica. El propio devenir histórico viene a ser, fundamentalmente, así, la criba que separa lo que debe entrar en la historia de lo que debe retornar al fondo cósmico de la existencia. Queda siempre un residuo a veces de oro de alta ley, que no se simboliza espontáneamente, que exige el empleo del genio artístico del historiador.

Se ha formado desde antiguo una amalgama espúrea entre el racionalismo y el objetivismo históricos, que impide separar estos aspectos, en realidad independientes, en la concepción de la historia. Se ganaría mucho en claridad, considerando separadamente el objetivismo del subjetivismo y el racionalismo del intuicionismo. Por desgracia, nos alejaríamos de la realidad actual, que es la amalgama, dejando agazapado en un recodo del camino el problema capital de la hora presente: la posibilidad de la coexistencia del objetivismo histórico con una poderosa personalidad humana en el historiador.

Racionalismo y objetivismo, como ya se dijo, son conceptos absolutamente independientes.

El primero pretende reconstituir la historia mediante el empleo del raciocinio; confía al pensamiento discursivo la tarea de rehacer el espíritu del pasado, infiriéndolo de sus manifestaciones interpretadas por el presente del autor. El razonamiento sustituye al nexo vital o encadenamiento histórico y es la vara que mide los sucesos y la re-

Digitized by Google

gla que determina la colocación de los hechos. Don Crescente Errázuriz y Barros Arana son modelos de historiadores racionalistas.

Dentro de este concepto, el historiador tiende al subjetivismo, si se inclina a ver y medir el pasado con su propia razón, como Lastarria; y al objetivismo, si percibe y juzga con la razón común, impersonal, como Barros Arana. Será tanto más subjetivo, cuanto más vigorosa sea su personalidad, y, tanto más objetivo, cuanto más impersonal.

Frente a la escuela racionalista, se alza el concepto de Goethe, que preconiza la aprehensión intuitiva directa de la historia, como la única segura y completa: el raciocinio maquinal de cerebros que no recibieron la intuición del pasado, no es, a su juicio, instrumento capaz de percibirlo; la reconstitución razonada será siempre una parodia. La intuición nos da la historia organizada desde el primer instante; el raciocinio sólo es un auxiliar.

A esta escuela pertenecen la mayoría de las grandes obras históricas del pasado; y en el siglo XIX, en plena racha racionalista, se mantuvo enhiesta con Macaulay, Carlyle, Mommsem, Renan y Burckhardt. El poderoso cerebro de Taine osciló entre ambos conceptos. Quiso llevar la razón a la fuente del conocimiento histórico, y las fuentes le rechazaron con un bombardeo de pequeños hechos. El alambique de su raciocinio, alimentado con ellos, destiló una imagen de la realidad que, como hemos dicho en otras ocasiones, se parece a la revolución francesa, sin ser la revolución francesa.

Pero todos estos grandes historiadores, en su reacción contra la insensibilidad glacial del objetivismo racionalista, viraron hacia una especie de intuicionismo subjetivo; huyendo de Scila se acercaron demasiado a Caribdis; y la mayoría de ellos introdujo en la visión intuitiva del pasado sus propias ideas y sentimientos, a veces velándola y a veces deformándola.

El objetivismo histórico pretende reconstituir el pasado con absoluta abstracción del presente, salvo como hilo conductor que remonta a lo que le precedió. El historiador debe reducirse a una simple antena, anulando su personalidad en cuanto fuente de ideas y de conceptos propios. Dentro de ella, no es lícito añadir al pasado nada extraño que pueda alterarlo: la misma reacción artística que determina su contacto no debe de ir más allá del avivamiento de los colores y de los contornos; debe ser algo así como el bismuto que colorea las vísceras y las torna aparentes.

El objetivismo se opone, especialmente, a la antigua escuela filosófica; y rechaza, por igual, la inferencia de leyes históricas y la acomodación de los hechos a concepciones filosóficas y sociológicas preconcebidas.

Este concepto degeneró en la práctica en dos postulados, que de-

Digitized by Google

terminaron el síncope momentáneo por que atraviesa en estos instantes el objetivismo.

Huyendo del subjetivismo, sus apóstoles acabaron por eririgr en escuela la entrada del documento crudo a la historia: temen profanar con sus ojos la imagen desnuda del pasado que flota entre los despojos materiales de lo que fué.

El segundo postulado sólo es un corolario del primero: si el pasado puede reconstituirse mediante la acumulación material de los documentos, ¿no es estorbo en la historia la personalidad del historiador? La respuesta no podía ser dudosa, dada la estructura mental de los intelectuales en cuyas manos cayó la historia objetiva, después de huir de ella los grandes intuitivos. Todos reunían el doble oficio de investigador y de historiador; sus ojos, cegados por el polvo de los archivos, eran impotentes para percibir la imagen del pasado, y sus brazos se habrían estirado en vano para aprehenderla. La resultante fatal de su estructura psíquica tenía que ser el concepto de la inercia o pasividad absoluta del historiador. Confundieron el adormecimiento de la personalidad, necesario para que el espíritu del pasado pueda entrar en ella, con la pasividad inerte, sin darse cuenta del alcance de su postulado; sin advertir que entraña la muerte de la historia.

Pero el objetivismo, en su sentido hondo, no ha muerto; aun le aguardan altos destinos: sólo necesita ser alzado de la sima en que le despeñó la torpeza de sus cultores. Su posición frente al pasado es la única fecunda. Tiene, sí, que divorciarse de su antigua consorte, ya vieja e infecunda, la razón, y casarse con la intuición; necesita, también, cambiar de carácter; y de marido débil y bondadoso que fué, trocarse en amo exigente, capaz de hacerse amar con admiración y respeto de su inquieta y voluble nueva consorte.

El error del objetivismo fué su oposición ficticia con la personalidad del historiador. Aniquilada ésta, desaparece la historia: «ni el ciego juzga de los colores» ni los adoquines pueden percibir el pasado. La primera exigencia del historiador es una poderosa personalidad humana, capaz de rendir a discreción a la coqueta imagen de lo que fué. No es a la muerte, sino a la vida a la que debemos pedir brazos para aprehender lo que fuimos: la vela del barco que conduce al pasado, ansía el abrazo, a veces mortal, del huracán y desprecia la caricia eunuca de la calma.

La segunda exigencia, sin la cual no habrá historiadores ni habrá historia, es un fondo místico capaz de exaltar el alma en un amor ideal al pasado por el pasado. Sólo un poderoso temperamento encendido en una ansia mística por la vida que fué, puede cogerla intacta y transportarla al presente libre de toda contaminación. Sólo él podrá encon-

Digitized by Google

trar en su pasión las fuerzas necesarias para rechazar lo espúreo: presente, prejuicio y sentimientos bastardos.

Para recibir la visita de la imagen de lo que fuimos, el historiador necesita convertirse en antena; pero en antena vibrante de vida y de ansias místicas: sólo en ella las ondas del pasado repercutirán claras, distintas y anhelantes de revivir en el libro la vida que vivieron en la realidad.

El pájaro azul de la historia, más hermoso que el de la fantasía, porque fué realidad, se posará confiado en la antena imantada: basta fotografiarlo, sin tocarle sus plumas ni añadirle adornos ideológicos o morales. La historia se hará sola: fenómenos ignorados por el razonamiento surgirán espontáneamente; las piedras desmoronadas del edificio recobrarán su colocación; y la imagen luminosa del pasado surgirá, proyectando su vislumbre sobre el presente y aún sobre el futuro inmediato.

Queda siempre un tabique que nos separa de la objetividad perfecta: el espejo en perpetua transformación de nuestra mente. No podemos derribarlo, sin suprimir la evolución misma de la vida: consuélenos el hecho de que el fenómeno condiciona el conocimiento en toda su amplitud.

No hay dos actividades que se excluyan entre sí más violentamente que la investigación y la historia. La confusión de ambos oficios ha perjudicado mucho a la primera y ha sido la tumba de la segunda, desde que la naturaleza de las fuentes históricas hizo necesario el enclaustramiento del investigador en los sótanos de los archivos. Para convencerse de ello, basta reparar en las exigencias intelectuales de la historia y en las de la investigación.

El oficio importa ya una selección: un cerebro amplio y profundo, como el que requiere la concepción actual de la historia, jamás se encerrará en los archivos a coleccionar documentos. «No sabían—dice Leibnitz, recordando los encontrados juicios que, durante su niñez, se formularon sobre su vocación—que mi espíritu no podía satisfacerse con un solo orden de cosas.» A la tranquila seguridad de las galerías que albergan la existencia del topo, preferirá siempre el vuelo azaroso del águila. No hay lazos bastante fuertes para atar al banco del erudito a un cerebro profundo y curioso: si los problemas últimos lo rechazan, hundirá, ávida, su mente en el abismo de la vida. Salvo un caso en mil, el que encierra su existencia en la investigación—sin que por esto deje de cumplir una tarea noble, útil y aun heroica—carecerá

Digitized by Google

de la profundidad y de la amplitud mentales para comprender el fondo íntimo del pasado.

Añádase a esta falta inicial de disposiciones naturales, la incapacitación que engendra el oficio: la existencia que transcurre en el fondo de las bibliotecas, consagrada a rebuscar documentos, a verificar su autenticidad y a agruparlos por tiempo, lugar y materias, no es escuela que desarrolle la sensibilidad de las antenas que captan las ondas del presente o del pasado. Las últimas llegan hasta nosotros envueltas en el polvo de los archivos; pero ese polvo sólo es fecundo cuando la vida lo descompone; sólo la luz que irradia el presente permite ver, a través de la corteza muerta del documento, la realidad viva de otras épocas. El historiador necesita conocer los caracteres de los hombres y de los pueblos, leer a libro abierto en el corazón humano; ser psicólogo y no profesor de psicología. La adquisición de la amplia cultura que exige la historia se hace imposible para el investigador: el erudito que divide su vida entre el oficio de profesor, archivero o bibliotecario, que sustenta su existencia material, y el de investigador, que sustenta su vida intelectual, no tiene tiempo ni gusto para pensar los grandes problemas de la historia y sus relaciones con las demás ramas del saber. El mundo del pensamiento se encierra para él en los legajos que contienen los documentos relacionados con los trozos de historia que le interesan. Un genio de la investigación será, casi siempre, un miope en la comprensión de la historia: atento a la novedad del documento, acaba rápidamente por ser su esclavo; su trascendencia histórica se le escapa; el hecho conocido, aunque sea piedra angular de la historia, no le interesa; y consagra capítulos al nuevo pequeño detalle, aunque carezca de valor histórico.

Casi no es necesario exhibir el reverso de la medalla. El historiador no puede dar un paso sin el auxilio del investigador. Su posición es la de la reina en la colmena; si las abejas no la alimentan, perece. Como ella, su misión es transformar en vida el polen que le ingieren. Desde el momento en que pretenda ser investigador, perderán la historia y la investigación; la práctica continuada de la búsqueda de novedades históricas embotará su sensibilidad cerebral y debilitará su poder de representación; y, salvo casos muy excepcionales, siempre será un investigador mediano y poco seguro. Son demasiado diversas las energías mentales que consumen la rebusca material de los documentos y su estudio desde el punto de vista de la reconstitución del pasado.

El investigador, como el sabio de microscopio y de laboratorio, puede sustraerse a la vida del presente. Sus aptitudes ganan con el enclaustramiento; el historiador perece en él. El cabo del hilo mágico que conduce al pasado, o sea el fondo que persiste en la vida a través

Digitized by Google

de sus cambios, está en el presente. El que no lo viva no conocerá a los hombres ni a los pueblos, sus intereses, sus pasiones, su estructura íntima, sus reacciones. El historiador necesita ser hombre de mundo y vivir la vida presente en toda su amplitud y profundidad para penetrar en la vida pasada. Es el faro que le señala el final de la etapa, y la piedra de toque de la realidad de su intuición de los cambios sociales, políticos, intelectuales y morales.

El investigador cumple en el proceso de reconstitución del pasado una labor preliminar ineludible. «Es necesario—dice Below—que cierto número de investigadores tomen sobre sí el oficio de carreteros.» Estas palabras despectivas encarnan el aspecto pequeño y torpe del investigador; recuerdan, demasiado de cerca, la negativa de la Sociedad Real a recibir en su seno el cadáver de Macaulay, porque «prefirió tratar la forma política y social, en vez de seguir el lento y fatigoso camino de los investigadores». La investigación es una labor pesada y oscura, pero que tiene su heroísmo propio. «No somos la línea, pero somos los puntos que la formamos», dijo de su oficio el pontífice Pío XI.

La historia, tal como hoy la concebimos, tiene necesariamente que ser la resultante de la cooperación de varias actividades; más que la obra del genio de un hombre, la obra del genio de un pueblo: el investigador es el minero que extrae el metal; el pensador, el crisol que lo funde; y el artista, el soplo que enciende la vida en el lingote inerte.

Ninguna de estas diversas fases de la elaboración histórica tiene el derecho de desdeñar a las otras. Un genio de la investigación vale lo que un Macaulay o un Mommsen. Barros Arana y Medina crecerán el día que un poderoso pensador talle los hermosos brillantes y esmeraldas que extrajeron de nuestros archivos, y un gran poeta los engaste en monturas delicadas.

Lo ridículo, lo que atrae sobre el investigador el desprecio del talento y la mofa del artista, no es su labor heroica: es la estrechez mental, que lo impulsa a despreciar la luz de la idea que alumbra su cosecha y lo mueve a mirar como a intruso y ladrón al poeta que castra heroicamente su fantasía inventora, para transformar en belleza el burdo lingote; es su miopía, que encierra los horizontes de la vida entre las paredes de los archivos.

Digitized by Google

Esbozando su concepción de la historia, dice Macaulay:

> Hay muchas obras científicas que son perfectas en su género. Hay poemas sin defectos o con pequeñas tachas que desaparecen en la belleza del conjunto. Hay discursos—de Demóstenes particularmente—en los cuales no es posible cambiar una palabra sin desperfeccionarlos. Pero no conocemos ninguna obra histórica que se aproxime a la historia tal como concebimos que debería ser. Todas se desvían mucho hacia la derecha o hacia la izquierda de la línea ideal que debieron seguir.

El ilustre escritor, al formular este juicio, tenía en cuenta más la imposibilidad de reunir en un hombre las grandes exigencias intelectuales de la historia, que las dificultades inherentes a la concepción tradicional. La idea de encerrar en un cuadro todos los hechos y procesos del desenvolvimiento histórico es irrealizable, tratándose de pueblos de vida activa y compleja. Fatalmente, hay que sacrificar los procesos históricos a los detalles, como le ocurrió a Barros Arana, o que caer en el esquema, como les sucedió a los historiadores filósofos, o limitarse a ciertos aspectos dominantes, intuitivamente percibidos, como lo hicieron el propio Macaulay y la mayoría de los que acertaron. Dada la creciente complejidad de la vida moderna, es un error persistir en un empeño ya fracasado dentro de condiciones menos adversas: no hay poder cerebral ni forma artística que puedan realizar un intento semejante. Sin renunciar al cuadro único, la cooperación del investigador, del filósofo y del poeta, aumenta las dificultades, en vez de salvar el antagonismo que existe entre la narración cronológica de los hechos en cada aspecto del desenvolvimiento social y la representación simbólica del devenir histórico. Es la misma oposición irreductible entre la biografía y la historia, que ya se planteó con Plutarco.

El pensador, el político, el intelectual y con frecuencia el simple lector, necesitan el cuadro vivo y plástico del pasado; y necesitan también, como obra de consulta, una exposición ordenada que registre todos los hechos históricos agrupados por materias. Si nos encerramos en los añejos conceptos de la historia *ad narrandum* y *ad probandum*, o si persistimos en la cuadratura del círculo del cuadro único, la conciliación de ambas necesidades es imposible. Mas nada se opone a ello dentro de la concepción de la historia que se ha esbozado en los párrafos anteriores.

La historia a secas o la historia central o vertebral, si se prefiere acentuar su carácter, tiene que ser concebida sin otra finalidad que la representación simbólica de la vida nacional y de sus cambios y vicisitudes.

Digitized by Google

Derivando de ella, como las costillas de la columna vertebral, deben arrancar una serie de historias especiales: historia de los partidos políticos, historia militar, historia literaria, historia de la enseñanza, historia económica, historia eclesiástica, historia de las costumbres, etc.

Finalmente, algunos géneros literarios, que responden mejor a las exigencias de la representación de ciertos aspectos del pasado, como la biografía, la crónica y la tradición, son indispensables para completarla.

Conviene examinar en detalle esta concepción.

La pretensión de encerrar dentro de ciertas normas literarias fijas la historia central o vertebral, revelaría inconsciencia del concepto de ella. Su norte es la reconstitución del pasado, simbolizándolo en un corto número de procesos, de personajes y de acontecimientos, e imponerlo a la visión del presente. La realización material del objetivo depende, en primer término, del pasado mismo. No hay dos historias iguales: difieren los hechos, los hombres y los procesos; y los elementos de simbolización cambian de pueblo a pueblo y dentro de un mismo pueblo, de momento a momento. Depende, en seguida, del pensador. Las visiones producidas en un mismo momento, si son hondas y reales, no pueden diferir fundamentalmente; en cambio, la manera de expresarlas es tan variable como las disposiciones mentales de cada autor. La meta es una, pero los caminos se separan para converger sólo al término. La verdad y la estética no pueden pedir cuenta sino de los resultados.

Aun esta recomendación está de más. Como lo veremos más adelante, la historia central o vertebral sólo puede ser intentada con algunas probabilidades de éxito por cerebros poderosos, excepcionalmente favorecidos con la intuición del pasado, con el sentido del encadenamiento histórico y con el poder de simbolización necesario para representárselo vigorosamente; y los cerebros de esta envergadura se ciernen, casi siempre, sobre las reglas literarias: saben encontrar su camino propio en una conciliación entre su vigorosa personalidad y las normas estéticas de su tiempo y de su pueblo.

Salvo la recomendación de huir del esquema y de simbolizar siempre en el hecho concreto, no hay norma alguna de carácter general: los problemas cambian a cada instante, y sólo el instinto artístico del historiador y su experiencia pueden elegir en cada caso la solución más feliz para su propio temperamento.

Digitized by Google

El escollo tradicional de las historias especiales, su desarticulación con el desenvolvimiento histórico general, desaparece con la historia central o vertebral. La historia del desarrollo económico, por ejemplo, no tiene para qué preocuparse de la evolución mental y de su influencia sobre las aptitudes económicas de la población, ni de los cambios en la vida familiar y social, ni de las grandes vicisitudes políticas: estando contenidos en la historia central, le basta al historiador especial referirse a ella, sin entrar a fondo en dominios ajenos a su especialidad. Lo mismo ocurrirá con la historia de la enseñanza, con la historia literaria, con la historia militar, con la historia política, en sentido estrecho, etc., etc.; todas ensamblarán con la historia central y, a través de ella, ensamblarán, también, entre sí.

Siendo la finalidad de estas historias reconstituir un solo aspecto del pasado, pueden prescindir de la simbolización, y narrar en forma ordenada lo pertinente a su materia con la extensión necesaria para que ningún hecho importante quede fuera. Destinadas, casi exclusivamente, al especialista, no hay el temor de fatigar, y, abarcando un solo orden de hechos y de fenómenos, no existe el peligro de que el matorral perturbe la percepción de las grandes líneas del aspecto que se historia, si el autor sabe destacarlo.

El método de Barros Arana, con ligeras correcciones, tiene en este género histórico amplia aplicación, y el genio chileno encontrará en él un campo propicio a su índole natural.

Una norma inflexible debe presidir en la confección de la historia especial, para que resulte realmente un complemento de la historia vertebral: el historiador necesita refrenar la tendencia del especialista a hacer de su materia el eje del devenir histórico. Debe repetirse a cada instante, como el «que morir tenemos» del fraile trapense, que su historia es sólo una faz de un prisma de muchas caras, y que la suya no vale más que las otras. El olvido de este hecho malogrará su esfuerzo; lejos de ayudar a la representación del pasado, contribuirá a estorbarla, deformándola.

Menos, aun, debe intentar reconstituir el proceso histórico desde el ángulo en que está colocado, cualquiera que sea. El punto de vista lo conducirá al fracaso y al ridículo, por grande que sea su talento. La tentativa misma presupone ya una insuficiencia mental y una lamentable falta de juicio.

Las creaciones del arte suelen exceder a las de la vida en belleza y duración. La Venus de Milo encarnó más belleza para el genio artístico griego que todas sus mujeres, y continúa atravesando edades

Digitized by Google

muchos siglos después de que aquéllas retornaron al seno materno. En estos milagros el escultor deseó y poseyó los encantos de la mujer griega; y el poeta experimentó las angustias, los dolores y las alegrías que canta.

El historiador está a este respecto mal colocado con relación a los demás artistas. Tiene que reconstituir, a través de despojos inertes, ideas, sentimientos y pasiones que no ha sentido latir dentro de sí mismo ni podido captar, como el novelista, de la onda vital directa, tiene que representarse una vida que no vivió y que describir acontecimientos en que no actuó. Por extraña ironía, la paradoja de Wilde: «Los únicos seres reales son los que nuestra imaginación crea» se cumple más en él que en el novelista o el poeta. Su visión será siempre más amplia, más justa y mejor ensamblada en lo que la precede y en lo que la sigue que la de los actores; pero jamás alcanzará el hervor de vida que respira en éstos. No debe, pues, extrañarnos que las memorias de Benvenuto Cellini nos den, a través de su fantasía, de sus exageraciones y de sus odios, una idea del alma del Renacimiento que no nos suministra la lectura de la verdadera montaña de libros escritos sobre este período histórico. En las memorias de Casanova hay bastante fantasía: vistió el esqueleto de la vida que imaginó vivir con las carnes y los ropajes de la vida que realmente vivió. Sin embargo, ningún historiador ha logrado representarnos con igual intensidad la vida aventurera de la segunda mitad del siglo XVIII. En los *Recuerdos del Pasado* de Pérez Rosales—y no en la historia—flota el alma del pueblo chileno de mediados del siglo XIX.

Cuando el alma de un momento histórico se enreda en la pluma de alguno de los contemporáneos, la literatura histórica hace una adquisición inestimable: el futuro historiador tiene un elemento insustituible en su trabajo de reconstitución del pasado, y el curioso puede contemplarlo en un espejo que ninguna creación artística puede imitar.

Por desgracia, el suceder no tiene cuenta de la literatura histórica; y no se cuida de producir cada treinta años una esponja que absorba su contenido espiritual, lo encierre en redomas y lo conserve para lección y solaz del futuro.

El arte nunca podrá substituir al memorialista genial; sin embargo, con un criterio más amplio que el que hasta ahora ha dominado en la historiografía, se le puede reemplazar, en parte, y alcanzar una representación más viva y más completa que la de los textos históricos. Basta acoger y perfeccionar algunos géneros históricos más flexibles, que el espíritu de gremio ha dejado a las puertas de la historia casi hasta nuestros días, tales como la crónica, la tradición y la biografía.

A diferencia de lo que ocurre en las historias especiales, en estos

Digitized by Google

tres géneros debe predominar el aspecto artístico sobre el histórico, siempre dentro de la renuncia a la invención.

Aunque la gracia de la forma no está de más en las historias especiales, como no lo está en parte alguna, en ellas lo esencial serán siempre los hechos y su ordenación, teniendo en vista su finalidad de obras de consulta. Por el contrario, la crónica, la tradición y la biografía son auxiliares de la historia central en la representación del pasado, y, lo mismo que ella, sólo podrán cumplir sus fines en manos del artista que renuncie a inventar.

Pero las exigencias intelectuales de estos géneros son distintas de las de la historia, y difieren bastante en cada uno. La profundidad y amplitud de visión, el fuerte instinto del encadenamiento histórico y el poder de simbolización que requieren la historia, aplicados a cualquiera de los tres géneros, lo mata. Noventa y nueve veces sobre ciento, un gran cronista fracasará en la biografía, y lo mismo le ocurrirá al biógrafo en la crónica. Basta reparar en que casi todos los grandes captores de ambientes son psicológicamente miopes, y en que la mayoría de los grandes psicólogos carecen de sensibilidad para los ambientes.

En la crónica debe escogerse siempre un suceso o un momento histórico limitado en el tiempo y en el espacio, cuyo interés esté en él mismo. En esencia, sólo debe consistir en la sustracción momentánea de un fragmento del torbellino histórico, para contemplarlo con más despacio, y sin otra finalidad que el interés de los sucesos por los sucesos. Si intenta extenderse a un panorama muy complejo, cae en el matorral y se pierde como elemento de representación de la historia: es lo que le ocurre a las crónicas de don Crescente Errázuriz, a pesar del indisputable talento del autor. Si se prolonga en el tiempo, tiene que tomar en cuenta el encadenamiento histórico so pena de convertirse en arena, que cayendo sobre los descansos del eje, perturban su funcionamiento regular.

Nunca se insistirá en exceso al acentuar la diferencia fundamental entre la historia y la crónica. En la historia, lo esencial es el continuo cambio, y su dirección: hombres, sucesos, ideas, sentimientos, etc., sólo son elementos del devenir. En la crónica, la imagen del trozo histórico que se escoge debe estar, por el contrario, inmóvil delante de nuestra retina de artistas. Necesitamos desentendernos lo más posible del torbellino de que hace parte y de su significación profunda, si la tiene. Desde el instante en que desviemos nuestra vista hacia esos

Digitized by Google

aspectos, caeremos en el error de encarar la historia desde un rincón perdido de la amplia selva. Si la conversión de la historia en crónica, a la manera de Barros Arana, enreda el pasado en el matorral y mata su representación, las pretensiones históricas de la crónica asesinan el género artísticamente y como elemento de reconstitución de los tiempos pasados.

Por el contrario, si el cronista concentra su esfuerzo en la representación artística y fiel de un suceso susceptible de ser aislado intacto del conjunto, producirá en el lector, junto con el deleite estético, una imagen sencilla y concreta de los hombres que actuaron en él y del medio en que se movían, que le ayudará poderosamente a percibir la simbolización más profunda que necesita emplear la historia. También servirá, lo mismo que la biografía y que la tradición, de piedra de toque, en la cual el futuro historiador puede controlar parcialmente su visión intuitiva del conjunto del proceso histórico.

El Motín de los Artilleros de Braun Menéndez es una hermosa golondrina, nuncia del porvenir que aguarda a este género literario, tan apropiado a nuestro grado de desarrollo intelectual.

Se ha usado la forma de la crónica en la narración de la historia de algunas ciudades o regiones, o de una compleja red de sucesos desarrollados en momentos singularmente interesantes de la vida de una nación. Pertenecen al primer tipo la *Crónica de la Serena* de Concha, y al segundo, la *Crónica de 1810* de Amunátegui.

Ambos tipos de crónica son formas contraindicadas en la representación del pasado: es tan imposible sugerir la evolución histórica de un pueblo mediante la descripción de las modalidades que revistió en una localidad, como el significado de un cambio social o político mediante la narración externa de los sucesos.

En cambio, si los cronistas locales y los memorialistas a posteriori limitan su propósito, como lo han hecho muchos de ellos, a la acumulación ordenada de materiales para la historia, ambas formas son útiles. Las crónicas lugareñas permiten al historiador controlar las modalidades regionales de la historia; y la buena crónica de una revolución o de cualquier acontecimiento trascendental le suministra hechos preciosos, ora para inferir su fondo íntimo, ora para simbolizarlo.

Eso sí que estas formas especiales de la crónica deben conformarse a las normas de la investigación y no a las de la historia, so pena de degenerar en un género híbrido, destituido de valor. El cronista debe limitarse a ordenar y transcribir los documentos y las relaciones sin añadirles nada, fuera de las notas necesarias para su correcta inteligencia y de una crítica de las fuentes sólo desde el punto de vista de la verdad material. Por ningún motivo debe descartar las creencias ni las pasiones, a pretexto de ser erróneas o injustificadas. Lo que deter-

Digitized by Google

mina el suceder es lo que los actores sintieron o creyeron; no lo que nosotros diputamos verdadero o justo.

Siempre será preferible en obras de esta índole que el autor renuncie a toda pretensión literaria. En la ordenación de las fuentes de la historia, el supremo arte está en el orden, en la claridad, en la sencillez y en la ausencia de pretensiones. Intentando darles interés para el común de los lectores, sólo estropeará la investigación para fracasar artísticamente.

La tradición tiene una flexibilidad extrema: puede deslizarse por resquicios donde no cabe otro género literario, y llegar al espíritu del pasado por senderos inaccesibles a la historia y a la crónica. El capítulo de frailes, el juicio de divorcio, la aventura galante, la reyerta, el pleito, la devoción de un santo, el milagro de otro y mil sucesos de igual índole son los hilos vivos con que la lanzadera del suceder va tejiendo la vida familiar y social: basta recogerlos intactos para que la reconstitución de la tela se realice espontáneamente en nuestra imaginación. Ha sido un error de la historiografía no haber acogido este género desde el primer momento para someterlo a sus fines, en vez de dejarlo degenerar en un género híbrido que no es historia y sólo a medias es arte.

La tradición concebida como género histórico tiene que someterse al primero de los cánones de la historia: no alterar la fisonomía del pasado ni los hechos y personajes históricos. Al desviarse de esta línea, deja de ser un complemento de la historia y se convierte en un factor de perturbación, semejante a la novela histórica.

Por lo demás, aun respetando escrupulosamente lo histórico, le queda una libertad de que los otros géneros no disponen. En lo pequeño, en lo que queda fuera de la historia, no necesita tomar materialmente del suceso todos los elementos con que teje el relato: sólo debe exigírsele que refleje bien el espíritu del momento en que lo sitúa y que no propague errores deformando el carácter de los personajes o de los sucesos históricos.

Ni siquiera esta licencia es necesaria: los legajos coloniales suministran alimento, poco exigente de aliño, para varias generaciones de tradicionalistas. Palma condimentó más por el placer de lucir su pimienta, que por necesidad artística. La república ofrece también temas preciosos, que después de Vicuña Mackenna han empezado a perderse lastimosamente. Las hazañas de los Pincheiras, el emperramiento del comandante Claro, las mil aventuras de los buscadores de oro en California, el temblor grande, las excentricidades de don Isi-

Digitized by Google

doro Cox, el baile del gobernador Astorga, la bandeja de duraznos que motivó la inclusión de don Francisco Marín en la última lista de senadores que confeccionó el presidente Errázuriz Zañartu y mil anécdotas más, que pueden ser temas de tradiciones preciosas, se van desvaneciendo para siempre del recuerdo.

Las exigencias intelectuales de este género son ínfimas, si se las compara con las de la historia. La verdad es que si no se ha escrito una historia ideal, es porque el cerebro humano no ha logrado aunar las dotes que ella presupone; en cambio, en la tradición basta cierto instinto del pasado, un ligero conocimiento de la historia nacional, latente en los 30 volúmenes publicados y en los 185 inéditos de Medina, en la Real Audiencia y demás archivos, y ciertas dotes artísticas. El tradicionalista está dispensado del sentido del encadenamiento histórico, de la firmeza de juicio y del saber amplio y profundo, que presuponen la historia, aun en grado mayor que el cronista.

Bastaría invertir el punto de vista y hacer de la tradición un auxiliar de la historia, en vez de fuente de inspiraciones artísticas, para que germinara una nueva forma histórica sana y fecunda. Tenemos los archivos y la vocación; falta sólo despertar el gusto artístico. ¡Cuánto habría ganado la historia y cuánto habrían ganado ellos mismos, si un concepto más claro de las supremas exigencias de aquella y una conciencia más cabal de la importancia de la tradición y de la crónica, hubieran inclinado hacia estos géneros a varios de los historiadores fracasados! ¡Cuántos temperamentos literarios que flaquearon por el lado de la imaginación inventiva, habrían legado un nombre ilustre en las letras, si se hubieran orientado hacia la tradición!

La biografía, dentro de la antigua concepción, es una rama indispensable de la historia. Permite aislar del torbellino del suceder a las grandes figuras, así como la crónica aisla los sucesos, para estudiarlas y comprenderlas mejor. Aun desde el punto de vista estrictamente histórico, ayuda, por una parte, a la inteligencia más honda del pasado, y, por otra, sirve de control a la visión histórica del conjunto. Tratándose de una selva enmarañada, nunca estará de más enfocarla en la totalidad del paisaje y en los ejemplares aislados.

La biografía concebida así carece de la agilidad de la tradición para moverse como ardilla entre los hilos del suceder, cogerlos y devanarlos uno a uno. Tampoco tiene la libertad suficiente: está atada a la historia con una cadena demasiado corta. No puede traspasar el círculo de la realidad histórica ni suplirla.

Digitized by Google

Tal vez esta última necesidad contribuyó a precipitar la transformación del concepto tradicional de la biografía hacia la forma que resucitó Lytton Strachey y que Ludwig, Maurois y otros han impuesto.

Como ocurrió con el romanticismo, la nueva escuela ha ido más allá de lo que su contenido parecía permitirle. Ludwig ha preconizado el intuicionismo antiobjetivista en la historia. Un ligero lastre filosófico le habría advertido que, en el vocabulario universal, esa combinación lleva el nombre de fantasía. En toda intuición hay un fondo de realidad objetiva que la mente humana aprehende por procedimientos de los cuales sólo conocemos el aspecto externo. Al desaparecer ese elemento, se cae en la pseudo intuición, que, en esencia, se confunde con la simple fantasía.

No vale la pena insistir en este trastrueque de palabras: el propio empeño de su autor en hacer intuitivamente biografías objetivas está demostrando la paralogización.

El objetivo perseguido por la nueva escuela es refundir en una la vida pública y la vida privada del personaje, mediante el matrimonio del concepto clásico con el género íntimo tradicional en la literatura francesa, del cual es una muestra María Antonieta de los Goncourt. El Winckelmann de Goethe suministró el modelo. Se persigue producir en el lector una serie de sugestiones que, reunidas, le representen el temperamento y el carácter del personaje, y, a través de ellos, su actuación histórica, mediante la combinación artística de los hechos y de los datos íntimos.

La idea es excelente; otra cosa es saber si es o no posible.

Tres preguntas se atraviesan delante del concepto: ¿se produce en el lector en todo caso la representación del personaje?; ¿esta imagen se traduce en un concepto real de su actuación pública?; ¿es posible percibir el marco histórico a través de esta representación?

La respuesta depende de los puntos intelectuales que calce el lector, del personaje biografiado y de mil detalles que varían de caso a caso. Algunos ejemplos responderán mejor que las reflexiones.

Escojamos la *Reina Victoria* de Strachey, el *Disraeli* de Maurois, el *Napoleón*, el *Lincoln* y el *Bismark* de Ludwig. Su lectura por una persona culta, inteligente y con firme criterio histórico se traduce en un simple placer estético. Cuando el autor es un gran psicólogo, mueve por dentro, con mucha destreza, los hilos del autómata histórico. Son hilos que ya conocíamos: la curiosidad acecha demasiado de cerca a los grandes hombres para que su intimidad quede en la penumbra. Nada añade la obra a la imagen de la reina Victoria, del príncipe Alberto, de Napoleón III y de los demás. Pero nos procura una visita grata a palacios, personas y ambientes que no veíamos desde hacía algunos años. En cuanto al cuadro histórico, todos lo conocemos me-

Digitized by Google

jor que el biógrafo; corregimos sus *lapsus* y celebramos sus intuiciones felices.

Traslademos, ahora, la lectura a un abogado, a un arquitecto, a un comerciante, a un industrial o a un médico. Para ellos casi todo es nuevo: surge súbitamente una reina Victoria muy distinta de la que habían imaginado. Es un personaje muy humano y muy parecido a más de una señora cuyo trato les es familiar. Su figura se les graba en forma que jamás habría alcanzado la antigua biografía. El libro no les da ni el marco histórico ni el alma del pasado. No hacen falta: el alimento está proporcionado a la fuerza del estómago mental que lo ha ingerido.

Pero cambiemos, ahora, de personaje, y sustituyamos a la reina Victoria por Napoleón I.

Napoleón moldeó y realizó el contenido viable inmediato de la revolución francesa. Todo el que tiene alguna intuición del devenir histórico se lo representa como anillo que soldó la solución de continuidad entre el pasado y el presente. Este concepto estaba muy empequeñecido, pero estaba en el abogado, en el comerciante, etc. Cada uno de ellos tenía, a su manera, la idea de un Napoleón muy grande, gigantesco, que influyó muy hondo en la historia, con absoluta independencia de la simpatía o antipatía que inspira. Hay que partir, además, de la base de que su erudición histórica va poco más allá de los manuales escritos para la enseñanza. Véase su reacción tal cual se advierte en la realidad. Al presentar Ludwig a Napoleón descolgado del marco histórico y desnudo de la gloria militar, se encuentran delante de una figura que los desconcierta: la mayoría arroja indignado el libro sin concluir la lectura; los restantes creen haber sido víctimas de una impostura histórica y se revuelven violentamente contra la historia, en vez de hacerlo contra el error literario del biógrafo. En cuanto a la imagen de Napoleón y de su época, vale más no meneallo.

En línea general, se puede afirmar que el nuevo género de biografía no resulta en las grandes figuras de la historia: es inútil para el psicólogo y para el historiador, casi siempre mejor documentados que el biógrafo, y produce el desconcierto histórico en el grueso público. Los reproches que se dirigieron a Carlyle con motivo de su Cromwell desde este punto de vista, fueron justos. Puede citarse como una excepción feliz el *Disraeli* de Maurois. El personaje y el marco ayudaron grandemente al autor, y éste puso bastante de su parte, al tomar una posición intermedia entre el antiguo y el nuevo concepto de la biografía. Como ya lo anotó un crítico, el género parece avenirse mejor con los personajes modestos, sin significación trascendente en la historia. Sin ayudarla con un aporte efectivo, facilita su divulgación entre gentes que no tienen gusto o que carecen de tiempo para leer obras más

Digitized by Google

hondas y complejas. Su campo más indicado es la vida de los grandes artistas.

En cambio, si el nuevo género toma la dirección impresa por Maurois y Litton Strachey, es decir, si en vez de someter el modelo a un patrón fijo, el biógrafo acomoda el nuevo concepto al biografiado, y sin descolgarlo de su marco histórico, lo coge a fondo y nos lo presenta en forma artística, la historia habrá realizado uno de sus mayores progresos. Todos los grandes personajes históricos, sin exceptuar ni a César ni a Napoleón, se prestan para este tipo de biografías; pero cada uno presenta un problema propio, distinto de los demás; y todos exigen una rara intuición psicológica del pasado, una gran potencia cerebral y un temperamento artístico de primer orden. Los Disraeli se cuentan con los dedos de la mano. En la nueva concepción de la biografía, lo mismo que en la historia central, sólo cabe triunfar o fracasar estruendosamente. De las tentativas, resultará una entre cientos, tratándose de figuras de primer rango; pero la que resulte perdurará hasta donde pueden perdurar las creaciones de nuestra mente.

Hasta aquí se ha rehuido considerar la biografía novelada propiamente tal, o sea aquella en que el autor deforma, con fines artísticos, la personalidad real del biografiado.

No pudo idearse un expediente más diabólico para concluir con la historia. Fuerza es reconocer, sin embargo, que los historiadores con su *pose*, su gravedad, su horror por el arte, por la gracia y aun por la vida misma, engendraron el género por reacción. Admira que no naciera un siglo antes y cuesta darse cuenta cómo la novela histórica no se ha trocado aún en historia novelada.

Si la novela histórica ha propagado todo género de errores e impuesto al mundo inepcias y patrañas, culpa fué de los historiadores que abominaron del artista, y dejaron insaciada la necesidad de belleza y de gracia que hay en el fondo del alma humana. No hay género literario que pueda vencer a la historia en la lucha por la supervivencia, si la toca la gracia de la forma. Hay en ella un contenido humano hondo que arrollará siempre a los demás géneros en proximidad artística. Para todo pensador, naturalmente, el contenido de la historia es lo fundamental; pero en cuanto historiador, lo cambiaríamos de buen grado por la gracia de la forma. Lo primero es vivir: después viene el vivir profundamente.

No está de más apuntar el hecho de que el peligro de la biografía novelada no está en la mentira franca ni en las adiciones, sino en la transfiguración artística de los personajes. Zweig necesitó exhumar a Fouché; y para dar interés al opaco comparsa del drama napoleónico, no trepidó en hacer del astuto camaleón, que siempre cambió oportu-

Digitized by Google

namente de color y supo caminar delante de los acontecimientos, el propulsor del suceder y el eje del desarrollo histórico de su época. La historia le desmiente; pero en el futuro serán muy pocos los que lean la historia, a menos que se transforme en obra de arte: la vida ama a la vida y huye de los cadáveres.

FRANCISCO A. ENCINA,
Individuo de número de la Academia Chilena de la Historia.

Digitized by Google